

NACION Y LENGUA

**JOSE LUIS ALVAREZ EMPARANZA
("TXILLARDEGI")**

DONOSTIA

El tema elegido para esta mesa redonda, "Euskera y lengua nacional", y la institución que ha promovido estas intervenciones, no permiten duda alguna: no se nos propone hablar de gramática o de filología comparada, sino de socio-lingüística y de política. Y esto no en abstracto, y lejos de las realidades específicas de los pueblos, sino en Euzkadi, y en un contexto de opresión generalizada que no es preciso recordar aquí.

Así, pues, mi intención es hacer estas reflexiones cara a los militantes vascos independistas, sean estos del color que sean; pero más especialmente a quienes militan en las filas de la izquierda abertzale.

Hasta ahora, y casi sin excepción, allí donde hay un problema lingüístico o nacional, la izquierda digamos "oficial" patina; y patina tanto más cuanto más esté "formada" (yo diría deformada) desde un punto de vista intelectual o teórico.

Es decir: allí donde hay un pueblo oprimido en su identidad, normalmente la izquierda oficial se equivoca; y se pone objetivamente (e incluso subjetiva y apasionadamente también) del lado de la derecha y del imperialismo; oponiéndose, por razones pretendidas superiores o globales, a los derechos concretos e inalienables de todo pueblo diferente a su propia identidad cultural y a su autogobierno.

Ese fenómeno ha sido flagrantemente claro en Euzkadi durante los últimos años del franquismo; es decir, justo cuando las ideas de la izquierda tradicional penetraron en serio por primera vez en las filas del movimiento nacional vasco.

Dicho de otra manera: la teorización de la izquierda clásica respecto al problema nacional vasco (que no es sino la aplicación del esquema general a nuestro país) no sólo es "débil", o "plagada de lagunas", como suele decirse aún con extraña benevolencia; sino es clara y repetidamente alienante.

Creo que nadie pone ya en duda, en especial en los medios de la izquierda, que los factores económicos y de posición de clase, son condicionantes en el desarrollo histórico de la Humanidad, especialmente en sus líneas globales. Más aún: esos factores, cuando nos estamos refiriendo a comunidades uni-nacionales y mono-lingüísticas, y al mundo moderno, son los factores dinamizadores y determinantes decisivos.

Pero allí donde hay problemas de lengua amenazada y de nacionalidad aplastada, son estos los factores decisivos de la dinámica social; y no aquellos. La Historia del último siglo está ahí para convencerse definitivamente de que es justamente ésta, y no otra, la constatación fundamental. Y la nuestra, la del País Vasco, no es menos clara; debería convencer para siempre a la izquierda abertzale de lo que es cierto y lo que es falso en una comunidad con problema nacional grave.

Tal vez un símil sexual nos sea útil para aclararlo.

Es evidente que los factores económicos tienen consecuencias claras en las características del comercio sexual: los hombres ricos, con un buen coche a la puerta, una canoa o una solitaria casa de campo a su disposición, tienen más oportunidades de éxito sexual que los que sólo pueden ofrecer su físico o tal vez un café cortado en un bar de mala suerte. Las mujeres, análogamente, pueden conservarse mejor, y realizar mejor su atractivo femenino, si tienen medios económicos, que si no los tienen; y pueden permitirse mayores libertades sabiendo poder ir a Londres o Ginebra a abortar, que atemorizadas ante un embarazo posible y no deseado. Mal podría pretenderse, a otro nivel, que la prostitución elegante y con garantías sanitarias sea igualmente asequible al potentado y al proletario. No hay igualdad de oportunidades para las diferentes capas sociales; y la impotencia económica puede exacerbar los problemas sexuales.

Pero la pulsión sexual es de otro orden. Es una pulsión previa a la aparición de las clases, una pulsión biológica, pre-social por decirlo así, anterior a toda organización económica, y ampliamente autónoma con respecto a ésta.

Todo intento de "racionalizar" la problemática sexual, y hasta los aspectos efectivos ligados a ella, en función de un materialismo histórico puro y ortodoxo, está condenado al fracaso. No sólo se lograrían solamente análisis "débiles" o "llenos de lagunas"; sino que se construiría simplemente un aparato ideológico alienante. Yo he conocido, para contar solo una anécdota, a un militante de la izquierda tradicional, de Rentería para más señas, que sostenía con toda seriedad que los celos tienen su origen en el sentido burgués de la propiedad, y que en una sociedad sin clases el encontrarse con el amante de la propia esposa o compañera en el lecho no tiene por qué producir irritación alguna...

Evidentemente, en una sociedad de eunucos, de inapetentes sexuales o de ancianos impotentes, donde no existiera una problemática sexual, un tal análisis sí podría ser adecuado; y hasta explicar fenómenos oscuros hasta entonces.

A mí me parece que algo de esto ha ocurrido (y sigue ocurriendo, aunque ya en menor medida) en las esferas pensantes de la izquierda abertzale; y mucho me temo que, conocida la fortísima tendencia fideista de nuestro país (es decir, su tendencia, reforzada por siglos de clericalismo, a creer y defender cosas no verificables, y a creerlas a pesar de múltiples indicios de signo contrario), tengamos todavía para rato.

Sin embargo parece claro que el hombre es un animal mamífero, un simio vestido; y que, lógicamente, hay factores biológicos provenientes de esa animalidad, fundamentales y potentísimos, que nos condicionan estrachamente a lo largo de nuestra existencia; independientemente, o casi, de nuestra posición de clase. El sexual, citado hace un momento, es uno de ellos. Esos factores de tipo biológico, por muchas vueltas que les de la izquierda oficial en una aberrante manía monista, no son reductibles a los factores de clase.

Un segundo factor del nivel biológico pre-humano, pero presente también en nosotros, es lo que cabe llamar pulsión tribal (que toma la forma fidelidad étnica o nacional en las sociedades modernas). Esa pulsión, que se manifiesta en el instinto de defensa del territorio propio, es más antigua que la Humanidad misma; por la sencilla razón de que también se da en los antropoides; e incluso en especies animales más alejadas de nosotros.

Por lo que nos enseña la Antropología, esa pulsión tribal presenta, incluso en los pueblos más primitivos y de estructura social más indiferenciada, dos características constantes:

1) una aceptación social del origen mítico de la propia comunidad, más allá siempre de los tiempos y de la documentación históricos; en que un acontecimiento prodigioso dió origen a la tribu, que vivía feliz y armoniosamente en aquel contexto ancestral;

2) la posesión de un territorio propio, culturalmente homogéneo, dentro del cual hay una organización y un intercambio social; y fuera del cual empieza el territorio extraño y hostil, distinto culturalmente, y con el que ni existe ni puede existir intercambio social alguno (como no sea en el antagonismo, el odio y la guerra).

Tanto los ancestros de la comunidad como el territorio son sacrados.

He ahí los datos de base socio-biológicos.

En el pueblo vasco el fenómeno de fidelidad tribal se daba aún plenamente hasta tiempos no muy alejados. Y solo se ha desdibujado recientemente.

Antes de la aparición de las fronteras estatales modernas (que tratan de recuperar la primitiva noción del territorio propio en un sentido mas burocrático e intelectual; pero sin que la base instintiva haya sido negada), los vascos tenían una noción bastante precisa de los límites de su territorio propio, que defendían con ferocidad. Los intrusos o invasores eran perseguidos sin piedad hasta los límites del territorio. Pero sólo hasta ellos. (Todavía Harispe tuvo enormes problemas para sacar de Euzkadi a sus soldados). Es decir, había una expulsión del enemigo, o una eliminación en caso de resistencia a ella. Pero no había "sed de imperio".

Nociones análogas de territorio propio, limitado y sagrado, se han encontrado en la generalidad de los pueblos primitivos de Europa; y lo mismo ocurre fuera de ella, con toda probabilidad.

Esta vivencia ancestral de comunidad, ligada al territorio propio, es así antiquísima; y mal puede explicarse basándose en conflictos económicos propios de sociedades mucho más modernas.

La oposición extrema, por consiguiente, casi caricatural, a la defensa instintiva del territorio propio es su ocupación violenta por huestes extranjeras; y la exacción consiguiente de los bienes y personas del propio grupo al servicio del invasor.

Dado que el propio territorio se aperece a las víctimas como un bien colectivo sagrado, el colonialismo militarizado y el genocidio representan las formas extremas de la opresión de las comunidades humanas.

El ocupante, por otra parte, consciente de esa dimensión sagrada del territorio ocupado, tiene a aniquilar concretamente los centros simbólicos del mismo. Los puntos más explícitamente respetados por el pueblo que se trata de aplastar, como se ha visto en las crónicas de todos los colonialismos y en las nuestras propias, son justamente el blanco de la ira y de la destrucción.

Debemos ser conscientes de que también en las sociedades modernas sigue siendo el mismo el fenómeno fundamental; y que su fuerza no proviene de su formulación, o de los factores concomitantes, sino del nivel biológico y pre-humano en que tiene sus verdaderas raíces. Las fraseologías ideológicas, progresistas o reaccionarias, con que las elites dirigentes arropan lo sentimientos totalmente primarios de la comunidad, solo consiguen camuflar ligeramente el fenómeno real. No es seguro, en particular, que la defensa de bienes materiales o estratégicos claros; ya que no siempre la lucha por un territorio se debe a factores económicos; aunque su ocupación por fuerzas extrañas, sobre todo en la fase del capitalismo expansionista, si suela serlo.

El fenómeno nacional tiene así una base biológica, primitiva, existencial, instintiva, pre-consciente, pre-humana incluso; que, justamente por serlo, lo convierte en la fuerza social esencial de las comunidades (incluso modernas), sobre todo en los casos en que el Estado se ha edificado sobre un territorio homogéneo culturalmente. Lo nacional, en particular, es una fuerza muy superior a la que se origina a nivel de intereses económicos y de clase; y, en particular muchísimo más potente que todas las pretendidas "racionalizaciones".

Hay pruebas flagrantes de que esto es así, y no de otra manera. Las revoluciones socialistas radicales sólo se han impuesto, de modo autóctono, cuando han sido puestas en marcha como procesos de liberación nacional, y de expulsión del ocupante extranjero: Yugoslavia, China, Viet-Nam, Cuba y Nicaragua en cierto sentido, Russia incluso en 1917. Allí donde no existía ese motor primario de liberación nacional, el movimiento socialista revolucionario, a pesar de algunas profecías, ha tenido enormes dificultades para arrancar; o sigue todavía sin ponerse en marcha.

Análogamente, cuando en una comunidad en conflicto grave se enfrentan sin tapujos y frontalmente las fidelidades de clase y los sentimientos nacionales, son éstos los que prevalecen una y otra vez. Pensemos en el fracaso de las consignas puramente clasistas en 1917: los obreros alemanes no lucharon contra su burguesía, sino contra los obreros rusos. En todos los Frentes de Liberación Nacional, que son ya muchos, ha ocurrido lo mismo.

Un fenómeno análogo se ha dado en las repetidas "Alianzas" de reinstauración del "orden" contra los "pueblos revoltosos". La izquierda francesa, por ejemplo, jamás apoyo la causa de los insurrectos argelinos (o solo lo hizo cuando el movimiento era imparable). Los argelinos se enfrentaron a un auténtico frente inter-clasista francés, colonialista y anti-argelino, que iba de los gaullistas de derechas al P.C.F.; y en el que sólo estuvieron ausentes algunos reducidos grupos de extrema izquierda, y contados intelectuales de la izquierda no oficial, tipo Sartre o Jeanson.

En la situación actual de Euzkadi nos hallamos también con dos verdaderos frentes interclasistas anti-vascos, español y francés, no menos flagrantes que aquellos; y hora es de decirlo y proclamarlo. La prevista solidaridad de clase hacia la izquierda abertzale, sigue sin producirse. Ed decir, frente al problema vasco (sin comillas pese a la imbécil moda que intenta imponerlas), las contradicciones ideológicas y de clase son hoy totalmente secundarias; tanto en Euzkadi, como en España y Francia. Por más que algunos representantes de la izquierda, anclados en esquemas falsos y caducos, se sigan negando a la evidencia.

Nuestra consigna, por consiguiente, en el momento actual, es, y no podría ser otra, ésta: Independencia nacional y fin de la ocupación extranjera. Tras el acoso imperialista, que se ha vestido ya de todos los colores del abanico político, y sin que nadie renuncie a su propio proyecto para la Euzkadi libre, Independencia nacional, y punto. Todo el resto es hoy adjetivo, como intuía certeramente Telesforo de Monzón.

Pero volvamos ahora al tema de la intervención; o mejor aún, a su segunda parte.

Y digamos, una vez más, que la lengua es la médula misma de lo nacional, y el instrumento insuperable de la homogeneidad real del territorio nacional.

Porque si lo que hemos llamado pulsión tribal, y su correlativo instinto del propio territorio, son una dimensión arcaica y esencial de la socialización, incluso en las especies animales, ese sentimiento profundo de territorialidad tiene como base esencial la posibilidad de comunicar dentro de él. Dentro del propio territorio la comunicación es posible y natural; en tanto que fuera de él, no lo es.

La posesión de un idioma propio es así el contenido específico y la condición misma de la territorialidad. Los límites de la lengua definen concretamente los límites del territorio propio. Por aquella verdad de Pero Grullo, olvidada o puesta en duda solo por mala fe, de que "uno es extranjero donde no le entienden", los límites espaciales de la inteligibilidad lingüística coinciden con los límites del territorio sentido como propio.

Esto es especialmente cierto en el caso vasco; cuya extensión propia, como se ha repetido centenares de veces, coincide con la de Euskal Herria; es decir, con los del "pueblo de lengua vasca". Incluso los árboles malatos conocidos se encuentran en los límites del área toponímica vasca.

Territorio propio y lengua nacional son así, en el fondo, las dos caras de una misma moneda. Una lucha de liberación nacional que no tuviera como objetivo central la restauración de la lengua propia como instrumento suficiente de comunicación para sus miembros en dicho territorio, sería simplemente una lucha demencial. Porque no es posible el funcionamiento de una comunidad nacional, sin el instrumento lingüístico común que dé coherencia y realidad al territorio propio.

A quienes dudan se les puede proponer, una vez más, el siguiente ejemplo. Imaginemos que en el Estado español acabe hablándose un día el árabe al Sur del Tajo, y el francés al Norte. Qué contenido nacional, serio, objetivo, tendría ese Estado bilingüe y bi-territorial? La respuesta es obvia. Podría subsistir, como máximo, un Estado denominado "España"; pero la nación española habría desaparecido.

Los viejos imperios multinacionales más famosos han acabado reventando: Austria-Hungría, Imperio Ottomano; y los Estados plurilingües conocen crisis graves, que sólo se resuelven en un federalismo radical: Belgica, Yugoslavia, URSS.

Por qué entonces, y basados en que experiencia histórica, pueden suponer algunos que el Bidasoa y el Tajo puedan producir efectos distintos, e incluso opuestos?

Más aún: tanto la lengua como la nación atraviesan las clases, y perduran a través de las transformaciones revolucionarias. Los ejemplos de la URSS (y de otras naciones soviéticas), de China, de Cuba, del Viet-Nam, son buena muestra de lo que decimos.

También los antagonismos y hasta los conflictos perduran: la URSS y China lucharon por la frontera del Amur, haciendo alardes de sacralización de la frontera; Besarabia sigue siendo un problema para Ucrania y Rumania; y el Kossovo sigue separado de su tronco natural, Albania. Lo nacional y lo lingüístico no son epifenómenos super-estructurales sin importancia; sino dimensiones infraestructurales, biológicas, inconscientes incluso (y tanto más potentes por serlo), de permanencia y vitalidad insospechadas por la izquierda clásica. Lo cual solo puede sorprender si nos encasillamos, contra viento y marea, en análisis inadecuados y alienantes.

Por lo dicho, la lengua no sólo es un elemento importante de la nación; sino que, sobre todo en el mundo moderno, es el único elemento decisivo.

De poco servirían citas de pensadores que no han sido sensibles a los hechos de clase; y que podrían descalificarlos sin más ante los militantes de la izquierda abertzale, a quienes me dirijo hoy especialmente. Solo citaremos unas pocas frases clave de autores e escritores inequívocamente socialistas.

Empecemos por el checo Kautsky, heredero directo de Engels: "El más sólido de los lazos que hacen la unidad de la nación, salta a la vista: es la lengua...Su importancia es gigantesca". Y va más lejos aún: "El inglés seguirá siendo inglés en tanto que hable inglés mejor que cualquier otra lengua. Pero si residiese en Berlin, sin contacto con ingleses, y durante un tiempo suficientemente largo como para acabar olvidándose de su inglés, y el alemán se convirtiera en su lengua preferida, entonces ese cambio le convertiría con seguridad en un alemán".

Haría comentarios demasiado hirientes; así que no los voy a hacer. Sigamos.

Citemos ahora a Bauer: "La lengua es el instrumento más importante de la comunicación humana. No todos los que hablan una misma lengua forman por ello una nación, pero no puede existir una nación sin una lengua común".

Y terminamos con una frase de un pensador mucho más moderno, el catalán Sebastia Serrano, que nos honra con su presencia y ha militado siempre en la izquierda catalana: "la lengua es el elemento decisivo de la nación".

Pero tal vez sea una sorpresa para algunos, aunque no debería serlo, recordar algunos detalles de la organización política de la URSS: "el poder soviético impone a cada formación administrativa nacional -escribe la especialista Helene d'Encausse- la adopción de una lengua y su utilización". Eso incluso cuando, como pasó en Bielorrusia, una buena parte de la población ha tenido que pasar por la escuela para recuperarla: "cada nación debe usar su propia lengua en el interior de las fronteras fijadas".

No hay nada más sutil ni más real que el lazo creado por la utilización de una misma lengua por dos pueblos distintos: el que impone su lengua acaba dominando y destruyendo al otro.

No hay nada más absurdo así en una pretendida política de liberación nacional, que las proclamas verbales a la independencia (es decir, al separatismo político) que no se acompañan con una energía idéntica en una línea de separatismo lingüístico. Sembrar dependencia lingüística es sembrar dependencia política. Sólo tiene derecho a hablar de independencia nacional quien de modo indiscutible pone las bases para la normalización lingüística y el monolingüismo euskaldún. Ya hace cien años un eminente hijo de Pamplona, olvidado como su compatriota Campión por razones claras, escribía un opúsculo que tenía por título: "Reconstitución del pueblo euskalduna en la reconstitución de su lengua". En 1902, mucho antes de que la Sociolingüística surgiera como disciplina, aquel compatriota veía más claro que muchos de los que nos rodean hoy...

El independentismo vasco sólo será consecuente y creíble en la medida en que propicie y encarne, de modo concreto y práctico, la implantación progresiva de la lengua vasca; y la creación de las condiciones de diglosia de signo contrario al actual.

Esto exige una sensibilización general, en especial en los medios pensantes del país; y la divulgación sistemática y perseverante de las leyes que rigen los fenómenos sociolingüísticos, y de las condiciones insuperables de recuperación de la lengua nacional.

Solo así la consigna: Independencia nacional (que es la nuestra, por supuesto), que implica revasquización radical en lo lingüístico, podrá tener el sentido y la eficacia histórica suficientes para que nuestro pueblo no sea finalmente borrado del mapa.